

IV

*Sábado 3 de noviembre del 2001*

—¿Y esa camioneta?

Esteban llegó a la entrada principal del hotel a recoger a Domingo para salir a divertirse. Manejaba una camioneta *Suburban* modelo 92, color crema con llantas y rines deportivos, así como estribos y vidrios polarizados.

—¿Qué, Domingo? Está suave, ¿no? Se la tumbé a un güey que andaba cargado con *güiri*.

“Igual que todos”, pensó Domingo.

—Ándale, hombre, vamos a dar una vuelta.

Durante buen rato estuvieron indecisos sin saber a dónde ir. Eran apenas las seis de la tarde, pero debido a los otoñales atardeceres y al cambio de horario, el sol ya había cedido el horizonte a la oscuridad.

Esteban aprovechó la salida para conocer la ciudad y Domingo, para reconocerla; pues desde la última vez que estuvo en ella, había cambiado mucho: se embellecieron los camellones, abundaban los monumentos y la Carretera Juárez-Porvenir se había ampliado de dos a seis carriles. Se construyó un libramiento desde la glorieta del kilómetro veinte hasta la nueva zona dorada. Los centros comerciales *Smart* y *Soriana* libraban una competencia cada vez más feroz, instalados uno frente a otro. El sur oriente de la ciudad ahora mostraba infinidad de fraccionamientos con casas de interés social pequeñas y muy similares entre sí.

Tras muchos kilómetros recorridos y mucha gasolina consumida, llegaron a un centro nocturno con bailarinas nudistas. El lugar se llamaba simplemente *Eros*, y paradójicamente, estaba cerca de la comandancia de la Policía

## Del algodónal a la breña

Encobijado del norte

Judicial Federal. Al entrar, un servil mesero les indicó dónde estaba la variedad, y los hizo seguirlo a través de un pequeño salón de baile que funcionaba como antesala al espectáculo femenino. Una *rockola* con música norteaña amenizaba el ambiente. La pista estaba rodeada por algunas mesas y en la barra, sentados sobre los bancos, unos cuantos parroquianos departían con las cantineras.

—¿Y dónde está la variedad, pues? —preguntó Esteban.

Llegaron ante una puerta con una pequeña claraboya circular. Al traspasarla, notaron que servía muy bien como aislante de sonido, pues esa estridente y vieja música del álbum *Pure Disco # 1* no se escuchaba en el salón de baile. La iluminación del cabaret era más tenue, y su decoración se basaba en colores oscuros con algunos brochazos fulgurantes ante la luz ultravioleta. Había muchos más clientes que en el bar, y muchas bailarinas acompañándolos en las mesas alrededor de la pista, a donde convergían los haces de luz multicolor.

Terminó la música *disco*, y los cañones de luz hicieron una pausa a su policromía iluminando la pista de azul. La voluptuosa mujer con cabellos teñidos de rubio que bailaba sobre la pista, aminoró la cadencia de su ritmo cuando las notas de esa balada de Scorpions —*Still living you*— vibraron, gracias a las potentes bocinas, a través del aire contaminado con humo de cigarro. La mujer se despojó lentamente de su minúsculo disfraz de monja, hasta quedar en bikini de dos piezas.

—¡Que se escuche ese aplauso para que se quite todo! ¡Vamos, amigos! —arengó el operador de audio durante el requinteo de la canción, seguido de un alboroto generalizado; al tiempo que la rubia se despojaba de su diminuto *top*. Mayúsculos fueron el escándalo y gritería cuando su tanga, ayudada por sus manos, cayó por la cadera, suavemente, en un movimiento que parecía acariciar sus muslos y pantorrillas. Al terminar la

## Del algodonal a la breña

Encobijado del norte

pieza y con ella su participación, la mujer recogió sus prendas para retirarse de la pista sin la menor gracia.

—Sí... bueno... sí, cómo no... ésta fue la presencia bonita de... ¡Estela!... en su segunda melodía de variedad. Continuamos ahora con otra linda chica... ella es... ¡Victoria!... *La chica explosiva* en su primera melodía... con esto que dice, más o menos, así...

Inició un rock interpretado por Alejandra Guzmán. A destiempo, la bailarina siguiente abordó la pista. Los federales, quienes en ese momento ordenaban en la barra, no se fijaron en ella hasta cuando Esteban se volvió hacia el espectáculo, luego de dar un trago a su cerveza.

—Ve esa mamacita.

Domingo atendió la indicación de su compañero y quedó sorprendido por la imagen de una mujer vestida como roquera, con chaqueta corta y minifalda de piel, ambas en color negro. Calzaba botas con suela de plataforma, muy de acuerdo al resto del atuendo. En su muñeca izquierda, un ancho brazalete de piel con incrustaciones de remaches metálicos destellaba con las luces. Su piel era blanca, su estatura alta, y su cabello negro caía sobre la espalda como un manto de terciopelo con destellos azulados. Su rostro era altivo, arrogante, con una actitud de desdén hacia los demás que completaba con una mirada de ojos negros; ojos que fijaría durante algunos instantes en los dos recién llegados; sobre todo en Domingo, quien la admiraba recargado en la barra, apoyado en los codos.

*Eternamente bella, bella  
con un hechizo de gitana,  
seré la princesa encantada  
que te amaré por siempre,  
desesperadamente,  
eternamente bella, bella,  
en plena Noche de la iguana  
haré un hechizo de gitana  
para que sigas siempre  
desesperadamente*

*enamorado de mí.*

El estribillo de esa canción se repitió con mayor languidez sonora hasta quedar en el silencio total. Luego, sin mayor preámbulo, una pieza del gusto de ella: *Touch of evil*, de *Judas Priest*. Al comenzar la vocalización de Rob Halford, Victoria se despojó de su chaqueta. Después, con mucha lubricidad, se quitó la falda, hasta quedar vestida únicamente con un bikini negro que contrastaba con su piel, firme en cada contorsión al ritmo de esa balada heavymetalera.

*Arousing me now  
with a sense of desire,  
posesing my soul  
till my body is on fire...*

Los movimientos fueron más sensuales de acuerdo a la emotividad del cantante. Victoria subió por el tubo de apoyo sostenida con sus piernas, echó su cuerpo y cabeza hacia atrás y, con el tubo asido sólo con sus muslos, giró en un movimiento descendente, entre los aplausos y el escándalo de los clientes, quienes al unísono gritaron "mucho ropa, mucho ropa", entre silbidos y piropos, con la esperanza de verla desnudarse completamente, como la bailarina anterior.

Pero no lo hizo. Al final de la canción recogió sus prendas, y apenas cubierta con ellas, como si en verdad estuviera desnuda, salió de la pista; ahora entre la rechifla de los parroquianos, quienes no aprobaron su pequeña muestra de pudor.

Domingo se sintió sumamente inquieto por esa mujer. Había algo en ella que lo hacía recordar a su esposa, pese a ser muy diferente físicamente. No fue su movimiento sensual el que lo hizo sentir algo más que el latigazo de la lujuria en su vientre. Su deseo de conocerla era mayor al de poseerla. Las

## Del algodonal a la breña

Encobijado del norte

piernas le temblaban como a un adolescente; y dentro de su pecho sentía el nerviosismo cual si fuera una bolsa de hule inflándose hasta la máxima tensión.

Recargado como estaba en la barra, tomó la determinación de hablarle a esa mujer, y para ello dio media vuelta, dispuesto a dejar su bebida para abordarla.

-Le voy a llegar a esa vieja, Domingo.

Cuando quiso replicar, Esteban ya había avanzado cuatro pasos adelante de él. Quedó resignado en la barra, maldiciéndose por su lentitud, por sus impulsos cortos. Con cierta resistencia, aceptó ante sí mismo que Esteban era más atrevido y audaz, quizá por su juventud. Domingo no era un viejo, tenía treinta y cinco años, y tan sólo por eso aducía estar en la plenitud de su vida; pero la prudencia adquirida por haber vivido más, a veces le resultaba contraproducente.

Ciertamente, Domingo no se consideraba un viejo, pero esa noche, al ver el arrojito de Esteban, se sintió como tal.

Por eso tuvo la sensación de hacer mal tercio cuando por invitación de Esteban se cambiaron todos al salón. Ahí se sentaron en una mesa cercana a la pista de baile, mientras en la rockola sonaba la música de Los Cadetes de Linares. El prolongado silencio que siguió al término de la pieza, indicaba la necesidad de insertar un nuevo billete de dólar en su ranura.

-¿Qué, no tendrán algo de El Recodo? -preguntó Esteban, levantándose.

Tras hacer su selección de música, regresó con Victoria.

-Véngase mi'ja, vamos a bailar.

Domingo los miró ir y venir por la pista. Al verlos, tuvo recuerdos de su propia juventud, cuando era más resuelto, aunque no tanto como Esteban. De él, únicamente sabía que era oriundo de Los Mochis, en el estado de Sinaloa, y como todos los agentes federales, había cursado el bachillerato. Hasta ahí. El resto de

## Del algodonal a la breña

Encobijado del norte

su educación fue la academia federal, a donde ingresó y de la cual se graduaría luego de pasar las pruebas físicas y psicológicas y de haber dicho a los profesionales de la academia lo que querían escuchar. Como muchos de sus compañeros, mantuvo ocultos los verdaderos motivos de su decisión por seguir la carrera policiaca: la aventura, el dinero fácil, el chance de viajar, de relacionarse con *pesados* y de impresionar a las chicas.

No le gustaba usar sombrero, y contra lo que podía creerse de aquellos habitantes de occidente, tampoco usaba botas vaqueras. Era moreno claro, no mal parecido, y sus rasgos eran los distintivos de sus paisanos: ojos negros, nariz recta, bigote delgado, acento costeño y modo apresurado de hablar, sonoro, golpeado; como si diera órdenes a cumplirse con presteza. Cabello lacio, negro. Y la alegría y despreocupación que él notó en casi todos los mochitecos que le tocó conocer. "Arriba Sinaloa", gritó Esteban cuando terminó de bailar, mientras acompañaba a Victoria a su mesa.

Departirían durante algunas horas más, hasta que a Esteban se le acabó el efectivo. Estaba borracho. Antes de irse, convenció a Victoria para que se fuera con él a la salida de su trabajo.

Salió entonces Esteban acompañado de Domingo, y tras darle una propina al cuidador de carros abordaron la *Suburban*. Eran las doce de la noche.

—Si quiere, lléguele, mi compa, todavía no nos vamos a ir — le dijo Esteban al cuidador.

—¿Cómo que todavía no nos vamos? —replicó Domingo.

—Pos' claro que no. Voy a esperar a Victoria.

—¿Esperarla? ¿Y eso para qué?

—¿Cómo que para qué? Pos' para llevármela, pues. Caray, Domingo, me extraña que seas tan inocente.

## Del algodonal a la breña

Encobijado del norte

—Más bien el inocente eres tú. ¿A poco de veras le creíste que se va a ir contigo?

—¿Pos' luego, por qué no?

—Porque ese es el trabajo de ellas: calentarlos, ilusionarlos y cuando se les acaba el dinero, desafanarlos. Pero en fin, mientras haya pendejos...

—Pos' será su jale, pero yo soy federal; y ya sabes que con nosotros se van solas las pinches viejas.

—Mira, Esteban, ya déjate de mamadas y dale para el hotel.

—¡No, ni madre! Yo aquí la voy a esperar.

—No seas mamón, dale.

—No, compa', si no es porque sea mamón, pero, ¿por qué chingaos voy a dejar ir una nalga?

—Hijo de... Ándale pues, quédate; yo agarro un taxi. Total: allá tú si quieres hacer el pinche ridículo.

—Simón, acá yo.

Domingo jaló la palanca para abrir la portezuela y salir.

—Ahí nomás le cierras bien.

Se escuchó un fuerte portazo.

—Pero no para siempre.

El ruido en la puerta que alguien trataba de abrir con una llave equivocada, fue lo que perturbó el sueño de Domingo. Luego, la apertura de la misma. Y después, la luz.

—Pinche Esteban... No chingues, son las cinco de la mañana.

Esteban se sentó en la cama contigua, sin el menor ánimo de desvestirse para dormir.

—Anda, pareja; ¿a que no sabes qué?

—No sé ni me importa, deja dormir.

—Resulta que Victoria, no es Victoria, sino Cecilia; y aparte, es agente de la Policía Judicial del Estado...

3 de octubre de 1995

Najib Mohamed llegó al *Club La Unión*, que junto con el *Cheers* y *Los Globos*, operaba impune y sospechosamente hasta el amanecer, aun cuando la Ley Estatal de Alcoholes ordenaba su cierre a las tres de la madrugada. Al mismo tiempo que entró, una pareja de policías uniformados y en servicio inhalaban cocaína comprada en el lugar, sin guardar el mínimo disimulo ante las miradas indiscretas de los demás parroquianos.

Era *La Unión* una cantina decorada con sombras, con piso de cemento color verde y un olor a orín que las ramas de gobernadora en su mingitorio no lograban atenuar. Sus paredes descascaradas mostraban la pintura negra de cuando se presentaban en el lugar grupos de *heavy metal*, con retazos de papel tapiz de diferentes colores, signos de remodelaciones inconclusas. Las únicas luces con que contaba eran las de la barra, los baños y la de una lámpara de neón que pendía sobre una desvencijada mesa de billar; sobre la cual rodaban, cuando algunos parroquianos se animaban a jugar, las bolas despostillas que recibían el impulso de un solo taco que los jugadores usaban alternadamente.

Junto a los trasnochados, el bar era frecuentado por algunos viciosos, así como prostitutas en pos de un poco de relajamiento. La mayoría, como Najib, habían hecho de la cantina su lugar habitual de reunión.

-*Chivas* -pidió Najib Mohamed en su inglés con acento labial, tras observar que el cantinero se había dado cuenta de su presencia.

-*Chivas Regal* no tenemos, señor. Se nos terminó.

-*Uh?*

-No tenemos, sólo cerveza.

–Chivas...

–Nomás Carta Blanca, Dos equis y Tecate.

–No Chivas?

–Este... *no sir...* cerveza nomás, *beer*. Carta Blanca, Dos equis y Tecate.

–O. K., *give me a Tecate*.

El egipcio era bastante conocido en la zona, aunque por su escaso español e ignorancia de sus interlocutores, a menudo se le confundía con árabe. Hombre alto, su complexión era fuerte, y aun cuando no lucía atlético, se adivinaba en su porte buena condición física. Tenía alrededor de cuarenta y cinco años. Su cabello era crespo y usaba un largo bigote, tan negro como sus pequeños ojos.

Dos mujeres jóvenes y delgadas se acercaron a él. Una pelirroja. La otra, morena con tres lágrimas tatuadas en el pómulos izquierdo.

–¿Qué onda, mi'jo? ¿Me invitas una cerveza? –preguntó la morena.

–Hey! –respondió el egipcio, con aspaviento– *What's up, girls?!*

–Nada, aquí nomás. ¿Ton's qué, me pichas una *birria*?

–*I don't understand...* poquito *español*.

–Una cerveza, una *birria*...

–¿Me das una *beer*?

–*Oh, beer! Sure! Come on, sit down beside me.*

–¿Qué dice el güey? –preguntó la morena.

–No sé... pero tú siéntate, parece que anda pichador.

Ambas se sentaron a la izquierda del egipcio.

–*Oh no, you don't! I said you on my left* –dijo a la morena tatuada, para dirigirse después a la pelirroja–, *and you on my right*.

Apenas tomaron asiento, Najib rodeó a las mujeres con sus

## Del algodonal a la breña

Encobijado del norte

largos brazos. Serían muchas las horas en que beberían juntos, hasta poco antes del amanecer.

Para cuando Najib abandonó la cantina, la negrura del cielo había empezado a clarear en el oriente. Se sentía embriagado, pero su desarrollada tolerancia al alcohol le impedía caminar dando tumbos. Caminó por la calle Mariscal, famosa por sus cervecerías y prostíbulos. Su auto, un *Grand Marquis* modelo 87, yacía estacionado sobre la calle Ugarte, a ocho cuadras de ahí; por lo que para llegar hasta él recorrería una distancia considerable si se toma en cuenta la falta de iluminación.

De la penumbra surgieron dos mozalbetes que a la orden de "preste la feria", en la cuchilla colindante con el callejón Carreño, lo empezaron a tundir. Najib, pese a la embriaguez y a la sorpresa pudo defenderse y repeler el asalto, aunque no sin recibir algunos buenos golpes que lo hicieron sangrar su nariz.

Su auto estaba afuera del salón conocido como *Joe's Place*. La calle Ugarte lucía casi desierta, oscura. Los estacionómetros, gratuitos a esa hora, no tenían carros en sus cajones; excepto en aquél donde estaba estacionado Najib, quien al abordarlo y emprender la marcha vio discutir, en la esquina con Venustiano Carranza, a una pareja de jóvenes cholos, integrantes ambos de la pandilla *Calaveras 13*.

Tuvo curiosidad por conocer el motivo de su discusión, por saber si eran novios y peleaban por celos, dinero o droga; o si ella era puta y él, su padrotillo. ¿Tendría oportunidad de intervenir como un paladín salvador, para tener sexo con ella como recompensa?

Porque el egipcio, al haber frustrado el asalto sobre su persona se sintió invencible, poderoso... inmenso. Orondo y fulgurante en esa zona sucia y maloliente. Se comparó con aquellos legendarios mamelucos que combatieron junto a Napoleón

## Del algodón a la breña

Encobijado del norte

en España y pensó que como buen guerrero, necesitaba su descanso.

¿Qué había llamado tanto la atención de Najib acerca de esa palabrita, cuyo significado se dedicó a buscar en un diccionario de español, y que tenía muy presente para referirse a sí mismo? Primero, que por fin alguien lo identificaba como egipcio y no como árabe; y segundo, el grado de cultura de una prostituta callejera que había conocido tiempo atrás, siendo ella misma quien le habló precisamente sobre eso: sobre un mameluco.

Detuvo su auto a unos cuantos metros de la pareja para contemplar fijamente a la mujer morena de largo cabello negro, enmarañado, con orzuela en sus puntas. Adivinó las formas de ese menudo cuerpo cuyas angulosidades dibujaban vértices apenas redondeados bajo sus ropas, holgadas tanto en talla como por la complexión de quien las vestía. Su imaginación lo hizo ver a través de esa blusa color gris que las copas del sostén, si acaso usaba, no eran llenadas por las dos protuberancias leves que sus senos formaban en el pecho de piel reseca, rayado con la forma de las costillas.

Pudo entrever la escuálida cintura de la mujer, tan estrecha como sus caderas, que apenas lograba sostener con recurrentes acomodos el pantalón que la vestía. Imaginó la pequeña pantaleta que cubría las nalgas casi planas y el vientre casi lampiño, dentro del cual visualizaba sus dedos humedecidos con la tibieza de la rugosa pared vaginal. Creyó el egipcio que con una sola de sus manos podía abarcar los muslos de ella, en medio de los cuales se vislumbraba, embistiendo con su grande y gruesa verga la apretada vulva de la cholita; quien al abrir las piernas anticiparía una mueca de dolor con el entrecejo arrugado, sabedora de la dulce tortura por llegar, pero a la que accedería gustosa.

Una vez cogiendo, ella lo abrazaría, se aferraría a él, o

## Del algodonal a la breña

Encobijado del norte

mejor, haría el intento por rodearlo con sus flacas y prietas extremidades: los brazos al dorso y las piernas a las caderas del extranjero. Luego, al aumentar la rapidez y la fuerza de la penetración, ella llevaría sus manos al pecho de Najib, como si fuera a rechazarlo, pero sin la determinación para hacerlo, pues según el egipcio, aun en el dolor existe el placer. Y prueba de ello serían los quejidos nasales, los gritos de placer-dolor reprimidos, las mordidas desesperadas y los párpados que no dejaban de apretarse.

Al final, la eyaculación, la venida, la corrida. Dentro de ella o, si acaso lo permitía, en su boca para tragar ese semen, como en las películas pornográficas; o bien, escupirlo en el baño.

Un escupitajo por otro.

De esta manera imaginó Najib Mohamed su fantasía, poco antes de abrir la portezuela de su auto y ver cómo el hombre rapado agitaba los brazos, levantaba la voz y culminaba su actuación iracunda con una bofetada en la mejilla de la chola.

-¿Y tú qué?! -le gritó el pelón.

Najib no respondió. Sólo llamó a la mujer.

-Yo... llevarte... casa...

-¿Que qué quieres, güey, o qué?! -insistió el cholo.

-Yo... tu casa...

La mujer corrió hacia el *Grand Marquis*.

-Órale pues.

-¿Ah, sí?! -ahora el cholo se dirigió a la mujer- ¿Pos' sabes qué?! ¡Chinga tu madre!

La mujer respondió a la ofensa con su dedo cordial.

Tras la mutua presentación -la chola se llamaba Blanca-, tomaron rumbo al oriente por la avenida Vicente Guerrero.

-*Would you like to go to my home? I got some beer at there.*

-No te entiendo.

## Del algodonal a la breña

Encobijado del norte

*-I mean... cerveza mi casa... for you.*

*-No, pos' simón; nomás que primero vamos por un pase, ¿no?*

*-Uh?*

*-Vamos al Joe's por un pase. Regrésate.*

*-Beer... cerveza, in my home. Joe's Place cerrado.*

*-Ándale, regrésate al town.*

*-Do you mean downtown? Oh no, I'm very tired, drunk, and my nose's still bleeding...*

*-Simón, al centro, dale pa'llá.*

*-Come on, let's drink some beer together, I wanna be with you, have a great fuck...*

*-¡Ándale cabrón, dale pa'l town!*

*-I won't go back to downtown! I told you: I'm tired, drunk, bleeding... You know something? Better you call a cab, I'll pay for it.*

*-¡Que le des pa'l centro, güey! ¡Ando bien malilla, necesito un pase!*

*-Hey, hey, be quiet!*

Blanca arremetió contra él con sus pequeños puños. Najib extendió su brazo, y su alcance bastó para mantenerla alejada y neutralizar sus continuos ataques.

Llegaron a casa del egipcio, en el fraccionamiento Rincones de San Marcos. Para entonces, Blanca se había calmado abruptamente, fingiendo resentimiento hacia Najib, quien al verla calmada, desistió de su idea de pagarle un taxi que la llevara al centro de la ciudad.

Sin ser una mansión, la residencia de Najib era lo suficientemente grande para vivir con comodidad. La escasez en su mobiliario no parecía reflejar el estilo de vida de un hombre solo, con sueldo en dólares, y director de un proyecto manufacturero en proceso de expansión. Sus enseres apenas consistían en una recámara, un sofá, un centro de

## Del algodón a la breña

Encobijado del norte

entretenimiento con televisión y videocasetera y una minibarra con un horno de microondas.

—¿Aquí tienes *soda*?

—*Cocaine? Sure!*

Blanca se sentó en el sofá durante el momento que tardó el egipcio en ir a la cocina por la droga. Pero al volver, lo que en realidad le llevó, fue un paquete de seis cervezas en lata.

La ira de Blanca estalló. Se dispuso a salir, pero Najib se había interpuesto entre la puerta y ella. No quiso enfrentar al egipcio, por lo que buscó otra salida. Encontró el cuarto de baño, por cuya ventana trataría de escapar. Al intentarlo, se cortó el brazo con el vidrio que ella misma había roto a puñetazos.

Sólo así, al verse lesionada, desistió de su fuga para adoptar una forzada calma. Aceptó la ayuda del egipcio para lavar su herida, ahí mismo en el baño. Al hacerlo se mojaron las sandalias y calcetines que Blanca calzaba, por lo que Najib, obsequioso con exageración, le hizo entender a señas que le prestaría calcetines secos.

La condujo nuevamente al sofá. "Tú... espera, tú espera". Volvería al poco tiempo con una camiseta y calcetines limpios, gasa y una venda. Luego de curarla y mientras ella se calzaba las sandalias, Najib recordó su cartera, dejada entre los cojines del sofá. Tras tomarla, revisó su interior. Le faltaban ochocientos dólares y doscientos pesos.

—*Well, where did you hide it?* —preguntó tranquilamente Najib, tras haberse plantado frente a ella con su billetera en la mano derecha. Blanca no se inmutó, en parte debido a que no hablaba inglés, por el tono calmado de la pregunta, y su distracción al sujetar las correas de sus sandalias.

—*Where did you hide my money, you fuckin' bitch?!* —insistió el extranjero, al tiempo que arrojaba su billetera al rostro de

## Del algodonal a la breña

Encobijado del norte

Blanca quien, sobresaltada, permanecería inmóvil, mirándolo con incredulidad.

Najib forcejeó con ella para registrarle los bolsillos, pero Blanca, pandillera, peleonera y acostumbrada a tratar con todo tipo de gañanes, recurrió a darle al egipcio un certero golpe en la entrepierna.

-*You mother fucker* -masculló Najib, un poco más repuesto aunque todavía doblado en el suelo, con sus manos bajo el vientre. Para ese entonces, Blanca, imposibilitada para escapar por la puerta del frente, ya había salido por la ventana del baño.

Cansado, Najib se recostó sobre el sofá para terminar de reponerse del golpe. Acabó por dormirse a causa de la borrachera. La resaca lo despertaría más tarde, obligándolo a levantarse y viajar hacia la farmacia más cercana, en busca de aspirinas. Era tanto su malestar, que no se tomó la molestia de cambiarse de ropa.

Eran aproximadamente las dos de la tarde. El incipiente otoño no alejaba todavía las temperaturas veraniegas ni la reverberancia del sol sobre los vidrios de los autos, las construcciones pintadas de blanco y el asfalto que resplandecía a fuerza de uso. Los enrojecidos ojos del egipcio, aun y con lentes oscuros, no pudieron acostumbrarse a la abundancia de luz.

Tras comprar las aspirinas y una botella de agua, regresó a su casa. Al llegar, un *Crown Victoria* blanco le bloqueaba el paso a la cochera. Los dos hombres que lo tripulaban yacían recargados sobre uno de los costados del auto.

-¿Vives aquí?

-Mi... casa... mi casa.

-*This house is yours? Do you live here?*

## Del algodón a la breña

Encobijado del norte

–Yes, I do –respondió Najib, mientras descendía de su auto–, ¿qué problema?

Fue hasta cuando estuvo doblado por un golpe en la boca del estómago que Najib se dio cuenta del ataque. El otro hombre lo lanzó de frente contra el cofre del carro, y con un rápido movimiento maniató sus muñecas con esposas.

–Policía Judicial, estás detenido.

Tras la denuncia de Blanca y el arresto de Najib, así como las burlas e insultos de los agentes judiciales hacia él, vino la presentación a los medios y la nota al día siguiente en los diarios, sin mayor aspaviento. En la televisión se le dio cobertura como un hecho aislado. No hubo mayor alharaca.

Hasta que la Procuraduría General de Justicia del Estado reparó en el hecho de que el perfil del egipcio *coincidía*, curiosamente, con el del probable asesino serial: alto, fuerte, extranjero, con gusto por las jovencitas delgadas –como Blanca–, y además, cliente asiduo de varios clubes nocturnos del centro de la ciudad, entre ellos el *Joe's Place* y el *Noa Noa*; que según las autoridades, acostumbraban frecuentar Élide Portillo, Georgina Álvarez e Isabel Terán.

*5 de octubre de 1995*

La Policía Judicial del Estado reveló una larga lista de delitos sexuales cometidos por Najib Mohamed en Estados Unidos, país a donde llegó en 1970. Fue declarado delincuente peligroso luego de la violación de una joven en Lubbock, Texas, en 1992. Según la prensa y la policía, tiene, desde 1978, catorce cargos en distintos estados por delitos sexuales y violación de una fianza federal por quince mil dólares.

En cuanto a Blanca, el examen médico determinó que no fue violada, ni tuvo relaciones sexuales.

## Del algodonal a la breña

Encobijado del norte

*6 de octubre de 1995*

Una mujer madura, a raíz de la publicación de la fotografía de Najib en la prensa, lo reconoció como un sujeto que se acercó a ella para cortejarla, tratando de seducirla.

*7 de octubre de 1997*

La madre de Fabiola Irene, aquella jovencita integrante de la escolta de su escuela y cuyo cadáver apareciera a espaldas de Radio Cañón un año antes, señaló a Najib Mohamed en relación al ataque sexual y asesinato de su hija. Declaró haber conocido al egipcio en una fiesta donde ambos coincidieron.

*8 de octubre de 1995*

Testigos y personas que convivieron con Najib, presentaron a Averiguaciones Previas testimonios que relacionaban al egipcio con al menos dos de las jovencitas asesinadas en los últimos meses. También declararon tres empleadas de un módulo de tramitación de licencias de conducir ubicado en Futurama Tecnológico, quienes afirmaron que el egipcio conocía a Élide Portillo.

*9 de octubre de 1995*

El juez de lo penal dicta auto de formal prisión para el ciudadano de origen egipcio, naturalizado estadounidense, Najib Mohamed; quien aceptó asistir con frecuencia al Noa Noa, pero negó conocer a Élide Portillo, Isabel Terán y Georgina Álvarez; quienes al parecer se conocían entre sí. Fue recluido en el Centro de Readaptación Social, CERESO.

*15 de octubre de 1995*

Una mujer afirma haber tenido un romance con Najib, mismo que dio por terminado debido a la brusquedad del egipcio al

tener sexo.

*16 de octubre de 1995*

Blanca, la cholita que lo acusara en falso del delito de violación, abandona la ciudad para refugiarse en Torreón, Coahuila. Teme represalias. "Eso me pasa por andar de chismosa".

*20 de octubre de 1995*

Culpan a Najib Mohamed de la muerte de Élide Portillo y Fabiola Irene Campos. La tía de ésta última, de quien el egipcio era pretendiente, dijo que la niña la había acompañado a la casa de él, días antes de su desaparición.

*22 de octubre de 1995*

Aquellos testigos que afirmaron haber visto al egipcio en compañía de las tres jóvenes asesinadas, desistieron de contribuir con mayores elementos a la investigación por temor a que los medios revelaran sus identidades.

*4 de noviembre de 1995*

Los restos de dos mujeres asesinadas aproximadamente entre julio y agosto, meses antes de la captura de Najib, fueron encontrados por un grupo especial de la Policía Judicial, en Granjas Santa Elena. La autopsia reveló que ambas habían sido desnucadas. La policía y parte de la opinión pública trataron de adjudicar al egipcio la autoría de estas muertes.

Meses después, Najib Mohamed fue absuelto del cargo de homicidio en perjuicio de Élide Portillo. Se le dictó auto de libertad. Salió del CERESO, a la una de la tarde. Aun con esposas, abordó un auto-patrulla que lo trasladaría al Puente de Córdoba, donde sería liberado para su deportación a Estados

Unidos.

Tras llegar la camioneta a los patios fiscales y con el visto bueno de las autoridades migratorias, los agentes policiacos encaminaron a Najib hasta el principio de la pendiente del Puente Internacional, que a esa hora lucía atiborrado de autos en espera de cruzar la frontera. Ahí le quitaron las esposas, al tiempo que le ordenaron caminar en dirección a El Paso, Texas. Durante su ascenso por la joroba de concreto, Najib contemplaba de vez en cuando lo que quedaba de México bajo sus pies: un camino de terracería que bordeaba el río, cuyas aguas contenidas en un canal de hormigón aún permitían el crecimiento de abundante breña y carrizos en los islotes de arena formados por la corriente. Vio así mismo el contraste entre la mala organización de las calles de Ciudad Juárez con el orden y pulcritud de las calles de El Paso. Y lo que a su modo de ver era la mayor diferencia entre Estados Unidos y México: país de ciega justicia generalizada el primero, según él; y de vidente injusticia selectiva el segundo, donde torturan a los detenidos.

Miró a su izquierda las filas de carros. Más adelante, una gruesa línea blanca en el asfalto, representación gráfica del límite entre los dos países. Sabía que el acto de su deportación era una farsa, debido a que cualquier norteamericano era capaz de cruzar la frontera sin restricciones. Pero aun así, sonrió satisfecho por su libertad, convencido de que jamás volvería a México.

Nunca imaginó que esos dos hombres, plantados frente a la línea divisoria en el carril de peatones, vestidos de vaquero y con pistola fajada en la cintura del pantalón, lo esperaban a él.

## Del algodón a la breña

Encobijado del norte

-Policía Judicial -le dijo uno de ellos, al tiempo que mostraba su placa de identificación-. Está detenido.

-¿Por qué? -en los meses de encierro, Najib pudo mejorar su español.

Se le había absuelto por un crimen, pero iniciaba otro proceso por el homicidio de la niña Fabiola Irene Campos.

Tuvo que volver.

III

*Domingo 4 de noviembre del 2001*

Domingo se había levantado temprano para visitar a sus padres en el Fraccionamiento Frontera Nueva. Abordó la *Ramblanca* que le había sido asignada como transporte, y abandonó el hotel Villa Manport, en la avenida Hermanos Escobar. Condujo hasta la avenida Adolfo López Mateos, donde se detuvo ante el semáforo en rojo. A su izquierda estaba el anuncio espectacular del Centro Comercial Chamizal.

Esto le trajo recuerdos de su primer auto y de Saúl, un amigo del gimnasio donde practicaba *full contact* y a quien había confiado su deseo de golpear a los viandantes que encontraba. No se trataba de responder a un reto, agresión o burla. Simplemente, pretendía pegarles porque estaban ahí, caminando o esperando el camión. En fin, haciendo sus cosas.

—No sé, güey —comentó una vez a su amigo—, simplemente los veo, y me dan ganas de bajarme y agarrarlos a putazos.

Afortunadamente para los transeúntes, nunca lo hizo. De hecho, a los pocos meses dejó la práctica del *full contact* para emprender la del *tiro al blanco*, gracias a un amigo de la preparatoria que practicaba la cacería. Así aprendió Domingo el uso de las armas, de las cuales era un fanático, gracias a las películas de acción que a menudo veía. Pero, a diferencia de sus amigos cazadores, no le gustaba matar animales. Por eso, durante algún tiempo lo apodaron "matadianas".

Muchas veces, durante alguna parranda, propuso a sus compañeros de cacería la ocurrencia de conformar un

## Del algodón a la breña

Encobijado del norte *escuadrón de la muerte* que se encargara de asesinar a todos aquellos que Domingo consideraba indeseables: narcos, violadores, policías corruptos, empresarios hambreadores, políticos deshonestos, asesinos, etc.; pero sólo recibía como respuesta afirmaciones insostenibles, olvidables al día siguiente, que le habían sido dichas para detener su plática con hipócrita afán de complacerlo y así poder cambiar de tema.

Cuando el semáforo cambió a *sig*, sonrió por el recuerdo de su pasada candidez. Viró al sur hasta llegar a desayunar al *Sanborn's*, para dirigirse posteriormente al fraccionamiento Frontera Nueva, donde vivían sus padres, y a donde había llegado de visita su hermano. Con ellos estuvo todo el día.

Esteban, por su parte, despertó casi al mediodía, Y lo primero que hizo fue comprar un *Clamato* con ginseng, camarones y cerveza. A las dos de la tarde volvería al hotel para tomar su pasaporte y aprovechar la corta fila de autos en los puentes internacionales rumbo a El Paso, Texas. Allá compraría ropa, *tenis*, accesorios y regalos para enviar a sus familiares en Los Mochis. Poco antes de regresar al hotel, alivió su resaca en un bar.

*Lunes, 5 de noviembre del 2001*

Mientras aguardaban en la *Suburban* a que el caótico tránsito matutino les diera la oportunidad de entrar al estacionamiento de la Procuraduría General de Justicia, Domingo y Esteban escuchaban la voz de soprano de Virginia Caballero en una estación de radio: "Una servidora, como representante de la Coordinadora Regional de Organizaciones no Gubernamentales, he enviado una carta al Presidente de la República, Vicente Fox, solicitando el apoyo de la

## Del algodónal a la breña

Encobijado del norte  
Policía Judicial Federal en la investigación de estos asesinatos; ya que a pesar de haber varios detenidos, no se les ha sentenciado; con excepción de el egipcio, y solamente por un asesinato. Entonces, pregunto al Presidente: ¿Qué pasa con los crímenes? ¿Qué avances hay en las investigaciones? ¿Por qué a los detenidos se les acusa de ser los autores de los crímenes en serie, y nada más se les procesa por un sólo asesinato a cada uno de ellos?"

—Así que... ¿cómo estuvo? —preguntó Domingo después de apagar el radio, fastidiado de escuchar la voz artificialmente edulcorada de Virginia Caballero.

—¿Qué cosa?

—Lo de la vieja del sábado, allá en el congal.

—¿Pos' no te dije ya?

—Bueno, me dijiste que era de la del Estado, pero nunca me contaste cómo te diste cuenta.

—¡Ah, bueno! Pues salió esta morra, sólo que acompañada por uno de los guardias del lugar. Entonces me salí de la camioneta para caerle y cuando le dije que si entonces qué, que si nos íbamos a ir o siempre no; ella me dijo: "Es que me voy a ir con mi novio..."

—¿Y qué pasó después?

—Le dije que no, que ni madre, que me había gastado mi buena lana con ella como para que me saliera con esa mamada, sobre todo cuando ella quedó de irse conmigo. Además, le dije que no creía que ese pinche guardia culero fuera su novio, pues estaba demasiado buena como para andar con ese cabrón.

—¿Y no te la hizo de tos el guardia?

—Sí, nomás que le dije que le bajara de güevos o iba a saber con quién se metía...

—¿Y le bajó?

## Del algodónal a la breña

Encobijado del norte

—Me dijo: “pos’ no creo que la mamá de Tarzán sea tan fea...” y entonces ya no me aguanto y le empiezo a dar de chingadazos. Y cuando estaba en eso, salieron de adentro del congala un resto de güeyes, entre meseros y guardias. Cuando vi que eran muchos, que saco la nueve milímetros y les apunto. “Ora si putos: cabrón que se mueve, cabrón que se muere...” ¡y se regresan en chinga hacia adentro!

—¿Y la bailarina?

—Ahí fue donde estuvo el pedo: quién sabe de dónde chingaos sacó una escuadra, y me apuntó con ella. Me cae que hasta la peda se me quitó. Me gritó que no me moviera, que era de la Judicial del Estado y le había echado a perder lo que estaba haciendo.

—¿Y luego tú qué, no te identificaste?

—Sí, pero primero tuve que tirar el arma y sacar la cartera bien despacito. Cuando vio mi placa de federal, entonces guardó su pistola y me dio chance de recoger la mía, diciéndome que merecía ser reportado con mis superiores por andar de mamón... al final, me dejó ir.

Domingo sonrió, mientras el brazo mecánico de la entrada al estacionamiento se elevaba.

—O sea que para acabar pronto: te chingó una vieja...